

# EL CATOLICISMO.

PERIÓDICO SEMANAL, RELIGIOSO, FILOSÓFICO I LITERARIO.

Non enim quod bonum est malè aut opunur: citrursumpacem colimus, legitime pugnantes, atque intra limites nostro spiritusque regulam nos met continentes. — S. GREGOR NAZIANZ.

Es el principio común de todos los errores modernos.

## SEGUNDO ARTÍCULO.

F1046  
«Toda la historia del mundo desde la Encarnación hasta el fin de los tiempos, todas las luchas que han agitado i que en nuestros días principalmente, agitan al universo, se resumen en dos palabras: cristianismo—anticristianismo; porque todo lo que no es por el Cristo, es contra él. Bajo estas dos opuestas banderas se encuentran colocadas las dos ciudades enteramente distintas, designadas por el jénero de San Agustín; ciudades que traen su origen desde el principio del mundo, i que serán separadas para siempre en el día de la victoria i de la paz eterna, despues de reiterados combates, cuyo término solo Dios conoce.

«Estas dos ciudades, estas dos sociedades contrarias, son a un mismo tiempo, visibles e invisibles, teniendo ambas igualmente, alma i cuerpo: pertenecen al alma, por una parte los amigos del Cristo, i por otra sus enemigos de todos los tiempos i de todos los países; aquí todo es invisible; i solo Dios puede reconocer a los suyos.

«Mas estas dos ciudades tambien tienen un cuerpo visible: si se considera el mundo antes de la Encarnación, la ciudad de Dios está representada por el pueblo judío; i la ciudad humana por los demas pueblos del universo. Si se le considera despues de la Encarnación, la ciudad de Dios está representada por la Iglesia, comprendiéndose en ella los Estados cristianos que la sirven: la ciudad humana, por ese monstruo de innumerables cabezas que reane todas las herejías, todas las sectas revolucionarias, todo lo que se ha desprendido de la Iglesia, o no ha entrado jamás a su seno. Si se considera toda la duración de los siglos, la ciudad terrestre se encuentra formada de la culpable posteridad de Adán; la ciudad celestial que debe suplantarla, lo está de la posteridad bendita de Jesucristo. Nosotros pertenecemos a ambas ciudades a causa de nuestro doble origen; de modo que la guerra que tiene por teatro el universo, tiene por asiento nuestro propio corazón: alguno que hoy está con el Cristo, estará contra él mañana, i así reciprocamente, segun que prepondere en nosotros el hombre nuevo o el hombre viejo: i esto es precisamente lo que dá a la guerra jeneral tan imprevisas peripécias, cambiando repentinamente las fuerzas de los adversarios, por consecuencia de la desercion.

«Por lo demas, es indispensable que sucumba uno de los dos adversarios en último resultado, bien en el hombre individual, bien en la humanidad; pero si el éxito es incierto respecto del individuo, porque ninguno sabe si es digno de amor o de odio, ni está seguro de perseverar, no es lo mismo respecto del jénero humano; i sabemos bien a qué lado estará el vencedor. Sabemos que el mundo viejo

está juzgado, condenado, i que declina desde el Evangelio para acá así pues, está abierta la sexta i última edad del mundo, segun San Agustín, edad; de vejez i de decrepitud que debe terminar por la muerte.

«Las edades de la humanidad, dice este Padre (1) corresponden a los diversos periodos de la vida humana: primera i segunda infancia, adolescencia, juventud, madurez, ancianidad.

«Este último periodo, añade el Santo, puede durar tanto como las cinco primeras edades, así como vemos ancianos que llegan hasta los 120 años: de donde se sigue que siempre será incierto el fin, tanto respecto de la especie, como del individuo. Esta sexta edad del mundo es llamada por los Apóstoles, «los últimos días, la hora última,» porque desde que comenzó, la humanidad vá declinando hácia la tumba: al paso que vá estenuándose, cubotándose sus órganos, debilitándose la razon; mientras que vá alterándose este gran cuerpo a impulsos, de una descomposicion lenta o rápida; mientras que las sectas pululan como gusanos que se aprontan para devorar un cadáver; la Iglesia, al contrario, crece i se fortifica esperando la edad de la madurez sin declinacion, que le está reservada. Despues, cuando sus alas estén robustecidas, cuando pueda elevarse a lo mas alto de los cielos en union del Cristo i de Maria, se la verá tomar su vuelo, abandonar como el águila joven, la roca en que está construido su nido terrestre, i subir hasta las rejiones de la luz, para establecerse definitivamente bajo los divinos resplandores del sol interminable.

«Así pues, hácia una parte decadencia, hácia la otra incremento i progreso: tal es la doble vía que se abre delante de nosotros, como lo reconoce todo el mundo: mas nuestros adversarios dicen que el mundo es el que progresa; i la Iglesia la que decae. Nosotros, sí, nosotros creemos todo lo contrario: creemos firmemente que el mundo viejo debe perecer i desaparecer al instante en que la Iglesia hubiere llegado a aquel punto que San Pablo llama la medida del hombre perfecto; la plenitud de la edad del Cristo. La naturaleza, entonces, purificada por la muerte, renacerá inmortal i revestida del Espíritu Santo, que debe vivificarla, pero bajo la condicion de podrirse previamente en la tumba, i depositar entre ella sus toscas envolturas.

«Si la vida completa de la Iglesia implica i supone la completa destruccion del mundo viejo que debe ser vencido i suplantado por ella, ¿porqué maravillarnos del permanente antagonismo de las dos sociedades, i de la imposibilidad, no solamente de una alianza, pero aún de una simple tregua? El duelo entre estos dos adversarios es un duelo

(1) L. de Civit. Quas. 62—50—2.

a muerte, que a cada momento será mas encarnizado.

«La ciudad terrestre vencida siempre, i nunca sometida se estremece de sus derrotas sucesivas; i cuando comprenda que se acerca su fin, querra templar de nuevo, en sangre cristiana, sus fuerzas vacilantes; pero al ver que esta sangre generosa se convierte en fecundísima semilla de nuevos soldados, se la vera enflaquecida, librar a su socorro las potencias infernales, i reanimada por el odio, aventurar el último combate que le dará la muerte. Esta lucha definitiva a que se preparan las dos ciudades, mil ochocientos años há, será cada instante mas ardiente, porque cada una de ellas concentrará sus fuerzas. Llegará un día en que por la predicacion del Evangelio en todo el Universo, no habrá mas que un rebaño i un solo Pastor, como igualmente por la propaganda universal i por la APOSTASIA DE LOS SOBERANOS TEMPORALES, rematará el ejercicio del mal por no tener mas que una sola cabeza.

«Ordenadas las dos ciudades bajo estas dos banderas que dividiran al padre i el hijo, al hermano i el hermano, se provocarán a un duelo gigantesco, i tanto, que no se ha visto igual en la tierra, ni se verá jamás. Aquel duelo tendrá por campo cerrado la superficie entera del mundo habitable: tomará parte en él toda nacion, toda lengua, toda tribu, sin que sea posible a nadie permanecer neutral, porque no habrá mas que dos campos: el de los perseguidos, i el de los perseguidores; dos banderas: la Cruz en el uno, i en el otro, quien sabe que signo maldiceido que revelará el porvenir. Todos los reyes de la tierra entónces, dóciles esclavos de no sé que monstruo vomitado por el infierno, se ligarán contra la Iglesia, pero las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; porque papa es su fundamento, i su fé no desmayará jamás.

«Aquellos dias nefastos de que hemos podido tener ser testigos; porque tan rápidos han sido, de trescientos años para acá, los progresos del anticristianismo, se alejan de nosotros, merced al socorro inesperado que Dios acaba de enviar a su Iglesia para darle tiempo de tomar aliento despues de tan horribles combates. Sin embargo, el infierno ha podido creer un momento, que su hora había llegado, porque era la hora de las apostasias, i al mismo tiempo, la hora de los falsos profetas i de los falsos cristos.

«No ha mucho tiempo efectivamente, que pasaban cosas extrañas en el mundo: Mientras que los pueblos católicos reclamaban leyes atcas, príncipes indiferentes, asambleas escépticas, ejércitos sin sacerdotes, culto a puerta cerrada, fiestas paganas, ciencia separada de la fé; mientras que los pueblos estremeidos meditaban tantas vaciedades, i que todos los príncipes tanto los de los imperios, como los de la literatura conspiraban contra el Señor i contra su Cristo; mientras que el nombre adorable del divino Jesus, se convertía en injuria cruel, en el seno de naciones católicas; la revolucion rendía por todas partes al Cristo, homenajes irrisorios. Veíanse pueblos católicos avergonzarse de su nombre i desazonar su fuerza invencible: sus enemigos entónces, por un extraño trastorno del orden, recibieron las armas del Evangelio que estaban abandonadas, i se apoderaron del signo victorioso de la Cruz, para volverle contra aquellos. De este modo la revolucion se hacia cristiana por todas partes, para engañar a los simples, i esperaba sofocar en sus estrechos brazos al denodado vencedor. *Al tiempo mismo en que los Estados católicos renegaban del Cristo, la revolucion, pero há triunfante, seducía a los pueblos en nombre de la libertad i de*

*la fraternidad cristiana.* Ved si nó, a la jóven Italia jurando sobre el Evangelio, el exterminio del Papado, i a la China misma, estremeiéndose al nombre de Jesucristo. La revolucion imitaba en esto, a la herejía su cómplice, de modo que el Cristo no era confesado sino por las naciones enemigas de la Iglesia, ántes del venturoso cambio que apenas comienza en Francia i en Austria. Las sociedades bíblicas eran ayudadas públicamente por el gobierno de la gran Bretaña, i llevaban por divisa: *La Iglesia i el Estado.* Los perseguidores del Obispo de Colonia enarbolaban el estandarte de la Cruz, i todos oían gritar al Rei de Prusia: «Yo i mi casa, serviremos al Señor.» Igual era la conducta de la Santa Rusia: el Czar sublevaba su inmenso imperio, «la espada en una mano, i la Cruz en el corazon.» Por todas partes la revolucion i el protestantismo, que es su vanguardia, echaban mano del estandarte de Jesucristo, i por todas partes herían a los católicos con sus armas. En todas partes alzaban la señal de la Cruz, abandonada por el suelo, i en todas partes se veía verificada aquella profética palabra: *En esta señal vencerás!* Mas aquí se verificaba de un modo tan terrible como imprevisto; porque el enemigo enarbolando la Cruz, era el que ponía de su lado la victoria. De esta manera el Arca Santa, cautiva en poder de los Filisteos, dejaba al pueblo escogido, en toda su debilidad: de esta manera el sagrado madero de la Cruz, conquistado por los Musulmanes, hacia impotentes los esfuerzos de los cruzados. Pero Israel i los Cruzados conocian al ménos, el secreto de su fuerza; i jamás abandonaban velantariamente la única prenda de la victoria.

*«No nos engañemos: mientras que los Estados católicos abandonen nuestra bandera en manos de los revolucionarios, en vano pedirémos calma i paz; porque la paz es el fruto de la victoria, i la victoria sigue a todas partes al nombre glorioso de Jesucristo.»*

«No hai que admirarnos de ver a la revolucion remedando al cristianismo: un instinto seguro le descubre el poder maravilloso de los nombres; poder inexplicable para la razon desdenosa, pero admitido en todos tiempos i entre todos los pueblos: por eso era prohibido entre los Romanos descubrir el nombre sagrado de la ciudad eterna, como si fuese este nombre el paladion de su poder: aun hai mas; entre los judios mismos estaba vedado pronunciar el inefable nombre de Jehovah, como si este nombre tuviese una virtud secreta de que pudiera la impiedad hacer un sacrilego abuso.

«Mas ¿cómo negar la influencia unánime en la influencia de los nombres, cuando vemos en Francia particularmente, esas usurpaciones que confunden todas las familias, i que la Inglaterra, mas reflexiva i prudente, ha regularizado, como elemento principal de su grandeza? ¿Cómo negar esta influencia, cuando se vé el papel inmenso que representa el nombre del príncipe en la vida de los pueblos? ¿Cómo negar esta influencia, despues del memorable ejemplo que tenemos a la vista en este instante? Este nombre es el que dá fuerza a la lei, autoridad a los magistrados, eficacia a las sentencias: tiembla el malvado al nombre del monarca, i el buen ciudadano se tiene por seguro; al nombre del monarca, el soldado muere o triunfa; i si tanto poder tiene el nombre de un mortal, ¿de qué infinita fuerza no irá acompañado el nombre del Rei de los reyes, Hijo de Dios vivo? A este nombre tiemblan los demonios, vienen abajo los idolos, los muertos resucitan i son evangelizados los pobres; este nombre que en la tierra es el aliento de los mártires, es a un mismo tiempo su corona en el Cielo. Así en los

...los de fe cuando nuestros monarcas querian asegurar su trono, grababan en las monedas aquellas dos divisas, que en último resultado no forman sino una sola.

Sobre las de oro: EL CRISTO REINA.

Sobre las de plata: QUE SEA BENDITO EL NOMBRE DEL SEÑOR!

«De esta manera, i bajo la ojeada de este nombre bendito, vino a ser tan grande el nombre de los Francos, que la Religión divina era llamada entre los bárbaros, la religión de los Francos, i la verdad, lo mismo que la libertad, tomó el nombre de franqueidad: ¡tan parecida era entónces a su madre la hija primojénita de la Iglesia!»

«Los nombres pues, signos vivos, por decirlo así, de las cosas que expresan, tienen un poder maravilloso. Ved aquí porque lo pedimos todo en nombre de Jesucristo, porque la primera petición del *Padre nuestro* tiene por objeto la santificación del nombre de Dios; porque la Iglesia celebra con fiestas los Santos nombres de JESUS i de MARIA; porque Dios mismo impone nombres a sus principales enviados. La razón de esto es porque los nombres son una especie de prolongación de la personalidad que designan, de modo que el usurpador de un nombre, lo es también de su poder. La revolución lo ha comprendido maravillosamente: sabe cuánto puede el nombre de Jesucristo, tanto para el bien, como para el mal; i esto, porque Jesucristo es la piedra que sostiene al mundo o la roca que lo quebranta; que ha venido para la salvación o para la ruina de muchos: sabe que si Dios tiene poder para sacar el bien del mal, a su vez el hombre tiene el poder terrible de sacar el mal del bien, i de corromper los dones divinos en proporción de su misma perfección.

«Para combatir el falso cristianismo, cuyo peligro sospechamos apenas, ¡tanta es nuestra ceguera! es necesario que nos demos prisa a volver al cristianismo católico o universal. Mas o menos protestantes por el galicanismo, mas o menos racionalistas por el cartesianismo, mas o menos ateos por el indiferentismo, nos hemos puesto en imposibilidad de combatir al enemigo, que se rie de los dardos impotentes lanzados por una mano débil, que a lo mas, caen a sus pies sin haber alcanzado a tocarle: i aun mas que esto: de aquí toma sus armas, no teniendo necesidad para combatirnos, que volverlas contra nosotros.

«Es pues indispensable volver al cristianismo completo, i recordar que Jesucristo es el principio lo mismo de la naturaleza, que de la gracia. Mientras que no nos persuadamos que Jesucristo tiene el primer lugar entre todas las cosas, como nos lo enseña San Pablo, (1) nada habremos hecho en defensa del orden—Se engaña el que imagina que es suficiente volverse a no se qué vago derecho divino que preside de Jesucristo i de la Iglesia: la revolución se ha apoderado ya de este derecho divino, i nunca se ha hecho mas frecuente uso de él, que en tiempo de la República, en los días de sus famosos boletines—Quiérese combatir el racionalismo probando que toda luz viene de Dios, el socialismo probando que Dios es el origen de todo poder: vanos esfuerzos! si se olvida que todos estos bienes nos vienen de Dios por Jesucristo, i de Jesucristo por la Iglesia, ya directamente en el orden sobrenatural, ya indirectamente en el orden natural. Todo lo tenemos por Jesucristo, sin el cual nada ha sido hecho, i sin el cual nada podemos; porque Jesucristo es el autor i regenerador de la naturaleza, no ménos que el generador i regenerador de la gracia.

de la caridad, ip e populum terens (Al Colos, 1.

«Toda la Religión no es mas que esta necesidad de un intermediario entre el Criador i la criatura; necesidad de un mediador que una sus naturalezas; así como también la negación del Cristo, bien como Dios, bien como hombre, o bien como razón universal, es toda la revolución.

«Todos los errores modernos pues, tienen un vínculo común; todos niegan la autoridad de Jesucristo, lo cual conduce a negar la autoridad de Dios para sustituir, primero el hombre al Cristo, i despues al Creador mismo.—Siendo el cristianismo la verdad universal, todos los errores que destruyen el mundo son doctrinas anti-cristianas, que forman un monstruo de muchas cabezas, cabezas mas o ménos horribles, ciertamente, pero que todas se levantan sobre un mismo cuerpo. Este es el monstruo feroz, inmenso, privado de toda luz del Cielo, que pasea el sangriento carro de la libertad revolucionaria por todos las comarcas del universo: las ruinas se amontonan bajo sus pasos, la yerba se marchita, deja de crecer, i llega a ser mucho mas rara que en aquellos lugares maldecidos que hollaba con sus pies el caballo «del azofe de Dios» Verdad es que a cada instante combaten entre si las cabezas del monstruo para arrancarse su mendida corona i conquistar la preeminencia: protestantes, deístas, panteístas, ateos, cada entidad quiere reinar sola; mas para esto no ha retardado la diosa roja su rápida carrera; al menor jesto suyo se apaciguan todas esas querrelas intestinas, pasatiempos de sus ocios. Desde el punto en que se trata de combatir a la Iglesia, las ecclias revolucionarias aplazan para otro tiempo sus contiendas; i dóciles a la voz impía que las empuja, dirijen entónces todas juntas contra la Iglesia el silvido de sus dardos, i el veneno que destilan; porque el monstruo comprende perfectamente que se trata aquí del último, combate i que Jesucristo le sepultará para siempre en el abismo que le ha vomitado.

V. DE MAUMIGNY.

*L'Univers*, número 43 del 13 de febrero de 1855.

MANIFIESTO

Manifiestacion

AL SR. OBISPO ELECTO DE LA PROVINCIA DE ANTIOQUIA,

Dogotá, 2 de enero de 1855.

Los infrascriptos naturales de la antigua provincia de Antioquia, sabedores de que la Santidad de Pio IX ha expedido bulas en vuestro favor para Obispo de aquella Diócesis, creen de su deber como ciudadanos i como católicos, suplicaros no desechéis la alta dignidad con que un gran Pontífice, os llama a cooperar en la grande obra de la civilización cristiana, en una época en que el trastorao de las ideas morales empuja a las naciones a un abismo de perdición para las almas.

Así como los infrascriptos no quedarian tranquilos si en esta solemne i extraña ocasión no hicieran un llamamiento a vuestra conciencia, a vuestros deberes de Sacerdote i a vuestro patriotismo, se atreven también a pensar, que una escusa de vuestra parte, en circunstancias de crisis para la Iglesia, que dejara sin Pastor por largo tiempo a una de las Diócesis mas importantes de la América, o que se le diera despues inadecuado, echaria sobre vuestros hombres delante de Dios i de la Sociedad, una responsabilidad inmensa.

Aceptad, señor, esta exposicion como una prueba del aprecio personal que os profesamos, i del interes que nos inspiran la Religión de nuestros padres i la tierra en que nacimos.

Al Reverendo Doctor Domingo Riaño, Canónigo de la Santa Iglesia Metropolitana de Bogotá, etc. etc.

Raimundo Santamaría, J. Manuel Restrepo,